

La mirada según Julia Sáez Angulo

Fuerza, rotundidad y penalidades

Una Maternidad de Jorge Rando

La primera impresión que suele llegar a un crítico al mirar un cuadro suele ser referencial, la comparativa respecto al abundante banco de imágenes que duerme en su memoria. Al contemplar esta Maternidad de Jorge Rando, me viene al pensamiento la época azul de Picasso, la interpretación de la figura humana desde el llamado miserabilismo, una especie de contemplación moral y pictórica de los ambientes pobres y miserables de finales del XIX- el noucentismo- y principios del XX. Una Maternidad picasiana en azules podría ser quizás el prototipo del pasado que pudiera latir de modo inconsciente detrás de esta maternidad, aunque Rando haya resuelto la suya de forma y factura muy diferentes, acortando la figura, dándole más volumen y sobre todo con un trazo expresionista que Picasso no utilizó.

La Maternidad de Rando comparte con aquella visión del miserabilismo su expresión de pobreza y tristeza, tanto en el rostro de la madre como en el del hijo. No es una maternidad feliz, sino doliente; no tiene el aire sonriente o sereno de una Madonna alegre por tener al hijo en brazos, sino cierta expresión de sufrimiento resignado. A falta de título más expresivo que el de Maternidad, el espectador puede pensar que se trata de una mendiga y su hijo, o quizás de una viuda y un huérfano de náufrago por estar resuelta en verdiazules...la imaginación es libre.

Cierto que el expresionismo del trazo lleva casi siempre a una deformación en los rasgos de los rostros y no precisa, porque no lo busca ni lo desea, el matiz relamido del rictus de los labios, pero sí logra el phatos del conjunto, y Rando en este cuadro nos ofrece una madre y un hijo



La mirada según Julia Sáez Angulo



embargados de sentimiento, fuertemente condolidos por algo. El pintor ha resulto la figura ocupando las tres cuartas partes del lienzo y ha dejado libre el cuadro en la parte superior para que respire el fondo. Un corte de estampa sacra si el resultado final no fuera tan patético llevando un niño en brazos.

A esa especie de visión de sacralidad en este cuadro de Rando- casi todas las maternidades parecen incorporarla por su significación antropológica profunda y por el uso icónico en la imaginería cristiana- contribuyen una suerte de halo o aureola casi imperceptible que el pintor ha colocado en la cabeza del niño, con un trazo entre ocre y dorado, y una tenue línea de perfil blanco en torno a la cabeza de la madre.

Jorge Rando ha pintado este cuadro con un particular registro de paleta, muy suyo, muy propio, retomado en multitud de sus cuadros – curiosamente incluido en el ciclo de La Pasión donde el sufrimiento se exacerba. Parece sentirse muy a gusto con estos colores, porque le ayudan a definir y describir su mundo y su poética del color. El autor se decanta por los negros, verdes y magentas (rosa-lila) con acentos lumínicos de blanco y toques de azul y ocre.

Jorge Rando dibuja con el color negro, más bien esboza con certeza los trazos necesarios para conformar la figura y matiza con el blanco algunos detalles que igualmente dibujan contornos. Llama la atención el fuerte trazo verdiazul que consolida, con una especie de rectángulo tembloroso, el pie del niño que se introduce con cierta rotundidad en el cuadro.

Resulta curioso comprobar cómo el cuadro, a partir de los rostros, tapándolos o prescindiendo de ellos, se convierte automáticamente en un

cuadro abstracto, donde los trazos campan con libertad sin aparente figuración alguna. Un juego revelador, máxime cuando se comprueba la inteligencia y capacidad de síntesis para trazar, más que dibujar, el brazo izquierdo de la madre o su mano derecha con la que sostiene de modo firme a su hijo, un niño grande como los que refleja el románico, que realzan la posición del Hijo respecto a su Madre.

La luz llega al cuadro desde la izquierda y tiñe de blanco la primera mitad del rostro de la madre y la segunda del hijo, en un juego alternativo que juega a su vez con otras manchas diseminadas de trazos blancos en el interior y exterior de la figura, para levantar la oscuridad y el drama de la escena. El artista expresionista no suele ceñirse a la realidad de luces y colores, pero Jorge Rando ha querido restar sombra al cuadro, suministrándole los blanco adecuados. Hay luz y por tanto hay esperanza.

Muy acertados se me antojan los verdes que parecen dar fondo a la figura-de bulto redondo, diríamos, pensando en su valor volumétrico. Un fondo de verdes aplicado de modo gestual y automático. Unos verdes, a veces matizados de negro como en el ángulo superior izquierdo, que bien pudieran aludir a un bosque irreal e ideal que envuelve la escena.

En resumen: una Maternidad fuerte, rotunda, poderosa, patética, que guarda ecos de icono bizantino, de Theotokos (Madre de Dios) por su expresión doliente y hierática, en medio de su resolución expresionista. La maternidad es un icono misterioso que nos viene desde antiguo, desde las Venus expectantes del paleolítico hasta el presente. Jorge Rando ha contribuido con su ciclo de Maternidades (ciertamente no muy numerosa en cuadros, si lo comparamos con otros ciclos), a esta interpretación plástica del misterio de la generación humana.